

Norte y Sur

Érase una vez un pequeño rincón del universo llamado Palicia. Éste era un estado superpoblado donde la mayoría de sus habitantes no disponía de los recursos suficientes para tener un nivel digno. Era un país con poca cultura y sin riquezas pero lleno de buena voluntad y hermandad.

Palicia era fronteriza con otro estado llamado Calífeo, el cual disponía de numerosas fuentes de riqueza y con un número de habitantes notablemente menor. Sus habitantes no tenían problemas económicos de ningún tipo y todos disponían de las comodidades y avances que la ciencia les proporcionaba.

Los palicianos soportaban con sana envidia como sus vecinos se divertían en los amplios jardines de los que disponían, con sus hermosas mansiones, sus automóviles majestuosos, y en fin, todo lo mucho que poseían.

Palicia no tenía presidente pero entre ellos siempre elegían un portavoz con el que dar solución a los numerosos problemas que la vida y las necesidades les planteaban. Este hombre se llamaba Ricardo, un hombre sensato y muy preocupado por su país. Vivía en una de las casa más humildes de Palicia con su mujer Margarita y sus hijos Ricardito y Laura.

Un día estaba Ricardo sentado en uno de los bancos de un pequeño jardín cubierto por viejas y descuidadas hiedras, sus hijos correteaban por los alrededores, mientras su esposa preparaba la cena en casa. Se acercaron a su padre al verle muy pensativo y sonriente a la vez.

- ¿ Qué te pasa papá? - preguntó Ricardito algo sorprendido ante la actitud de su padre.
- Nada hijo, ¿por qué lo preguntas?
- Por nada papá, es que te noto raro,¿ verdad Laura?

- Sí, yo también te veo así papá -contestó Laura.
- Es que - continuó su padre acercando los brazos para cubrir con ellos a los dos niños - mi cabeza se está llenando de ideas muy rápidamente.
- ¿Y qué tipo de ideas? - dijo Laura.
- Ideas de cómo alcanzar un acuerdo con nuestros vecinos de Calífeo.
- ¿ Con Calífeo? ¿ Para qué papá? - preguntaron los chavales.
- Porque, como bien sabéis, ellos poseen muchas riquezas y nosotros no tenemos ni la tercera parte. ¿ Me seguís?
- Sí - respondieron al unísono.
- Pues bien he pensado que nuestro país puede llegar a un acuerdo con Calífeo y repartir sus bienes con nosotros ya que en la antigüedad estos dos estados formaban uno solo y que por causa de una estúpida guerra se dividió en dos con los consiguientes perjuicios que hoy por hoy seguimos padeciendo los palicianos y creo que ya va siendo hora de poner fin a este lamentable episodio de nuestra historia. ¿Estáis de acuerdo conmigo hijos?
- Papi, creo que debes hablar con mamá porque a nosotros nos parece una idea genial, pero no debes olvidar que ellos no quieren ni vernos; somos como un hermanito pobre que se contenta con unas migajas de lo que les sobra.

Al oscurecer, padre e hijos se encaminaron a su casa donde Margarita les había preparado la cena como cada noche.

Cuando se reunieron en torno a la mesa, Ricardo comunicó a su mujer lo que había estado meditando en el parque. La reacción de la esposa no fue otra que: ¡Ánimo cariño, nosotros te apoyaremos en todo, mi amor!

Eso hizo que Ricardo sintiera más ganas e ilusión por comunicárselo a todos sus paisanos cuanto antes.

Cuando amaneció, el hombre se levantó temprano y preparó un discurso para transmitírselo a toda Palicia. Su mujer y sus hijos se vistieron rápido y salieron con su padre a pegar carteles en los que se decía:

Habitantes de Palacia, yo, Ricardo, deseo convocaros a todos y cada uno de vosotros a una reunión extraordinaria esta misma tarde, para tratar un tema de suma importancia para todos:

LA UNIFICACIÓN DE PALACIA Y CALÍFEO.

Quedáis convocados todos a las dieciocho horas en la Plaza Central. Se dará en diorecto por la radio y la televisión. NO FALTÉIS.

Mientras almorzaban, Ricardo no hacía más que leer y leer el discurso que había preparado. Por fin llegaron las seis de la tarde y la Plaza Central se encontraba totalmente abarrotada de personas, todas ellas deseosas de saber lo que Ricardo tenía en mente.

El marido de Margarita subió a un escenario montado para el efecto, y con voz serena y potente comenzó su discurso.

- Buenas tardes queridos palicianos y palicianas. Os he reunido aquí porque, como de todos es conocido, nuestro país vecino, Calífeo, tiene muchas riquezas y su bienestar está por encima del nuestro desde que hace ya algunos años la guerra dividió el país tocándonos a nosotros pasar penurias mientras que para ellos todo es un mar de abundancia. He pensado que con la ayuda de todos podemos llegar a un acuerdo con nuestros vecinos y volver a ser un solo estado como antes de la estúpida guerra que les tocó vivir a nuestros antepasados, ¿ estáis de acuerdo ciudadanos y ciudadanas?
- Claro que lo estamos, - respondieron todos a coro.
- Pues bien, mañana mismo concertaré una cita con el presidente de Calífeo para hacerle saber mi propuesta. Esperemos que entre todos lo consigamos

Así fue que a la mañana siguiente, Ricardo concertó una cita con el presidente Licio quien le emplazó par el próximo día.

-Buenas tardes señor Licio, muy agradecido por haberme recibido tan rápidamente sabiendo el trabajo que usted tiene.

-De nada Ricardo. Y bien tu me dirás el motivo de esta inesperada y sorprendente visita.

- Mira Licio, voy a ser claro y directo: mi pueblo desea la unificación de los dos estados y que volvamos a ser uno solo como siempre debió ser.
- ¡Cómo! - respondió el presidente Lucio saltando de su asiento - estáis locos, eso ni pensarlo, ¡pero qué os habéis ceído con tal desfachatez?
- Haremos lo que nos propongáis, pero por favor, no nos despreciéis de esta forma Licio.
- Un **NO** rotundo - respondió Licio - podéis marcharos y gracias por venir.
- Pero ...
- No hay peros que valgan.

Ricardo salió decepcionado y cabizbajo. Tras comentar el resultado de su frustrante charla con el presidente de Calífeo con su mujer y sus hijos, tuvo el inmediato consuelo de estos y los ánimos necesarios para seguir luchando por lo que creía justo. Se prometió a sí mismo que no abandonaría y se planteó ir todos los días al palacio presidencial de los califenses a proponer la misma idea. Ricardo era muy perseverante y obstinado.

Al cabo de tres meses de ir todos los días a verle, Licio le propuso un curioso trato: jugarían un partido de baloncesto; Palacia contra Calífeo. Si los primeros resultaban ganadores, los dos países se unirían y en caso contrario todo seguiría igual.

A Ricardo le pareció acertada la oferta y sin perder un minuto se pusieron manos a la obra, entrenando duro, sabiendo que los califenses eran superiores y que disponían de mejores instalaciones para su preparación.

Los dos estados se encontraban muy entusiasmados por las consecuencias que les podrían deparar los acontecimientos, ya que tanto unos como otros tenían algún familiar en el país contrario.

Y llegó el día del gran partido, aquel que podría cambiar el rumbo de la historia sin derramamientos de sangre, sin odios, sin

violencia ... pero con muchos nervios por parte de ambos equipos.

Comenzó el encuentro. Calífeo se alzaba en el marcador de manera arrolladora y su público no paraba ni un segundo de animarles, todo lo contrario de los palacianos que veían como sus esperanzas se esfumaban por completo.

El primer tiempo se saldó con victoria de los de Calífeo por un abultado 70 a 24, pero nadie esperaba la reacción de Palacia. Salieron en tromba, defendiendo con uñas y dientes, parecían otro equipo. Canasta tras canasta iban remontando el resultado ante el asombro de todos.

Los calefense no daban crédito a sus ojos, no sabían que hacer para bloquear los continuos ataques del equipo rival que una y otra vez los superaba con encestes desde cualquier lugar de la pista.

Un público entusiasmado gritaba y jaleaba cada jugada. El partido terminó con un resultado de 80 a 86 a favor de Palacia.

Al día siguiente, Ricardo, uno de los jugadores, fue a visitar a Licio para concretar el trato que estos hicieron.

- Bueno amigo, hemos ganado merecidamente así que tendrás que asumir tu parte del trato.
- Pues sí, enhorabuena Ricardo, os habéis merecido el triunfo sin lugar a dudas. No me queda más remedio que felicitaros a todos y desde este momento se construirán las bases para que nuestros países vuelvan a ser uno solo, de lo cual me alegro enormemente. Nos habéis dado una lección de orgullo que jamás podré olvidar.
- Gracias Licio, gracias de todo corazón en nombre de todos. Creo que lo primero que debemos hacer es devolver a nuestro país su antiguo y verdadero nombre, ¿no te parece?
- Por supuesto, desde este mismo instante volverá a llamarse **CÁLPALIS** y así seguirá hasta el fin de los días.

Los dos hombres se fundieron en un abrazo y a partir de ese momento todos los calpalienses, desde el más pequeño al más

anciano, se pusieron a trabajar por un país sin desigualdades ni rencores en el que todos tendrían las mismas oportunidades de cara a un bienestar común.

A Ridardo lo eligieron presidente de Cálpalis y todos los ciudadanos, hombres y mujeres, participaron en una colecta para hacerle una estatua en la que se le recordaba como el hombre, que sin usar la violencia, consiguió la unificación de un país dividido por años de guerra.

CRISTINA POZO CANO

